

ARACELI LÓPEZ SERENA (coord.) (2014): *Historia de la lengua e intuición*, *RILCE*, 30, 3, 357 pp.

La lingüística histórica es una disciplina científica que tiene todavía mucho camino por recorrer. Esta podría ser la conclusión del lector que finalice la lectura de este volumen monográfico de *RILCE*, el cual culminó con la celebración de las Jornadas de Historia de la lengua e intuición en la Universidad de Sevilla en marzo de 2015. El tema central de todas las exposiciones es el papel de la intuición en la labor del lingüista. Como introduce López Serena en el prólogo que precede a los nueve artículos que componen la revista, nos encontramos ante estudios que, en su mayoría, toman trabajos previos basados en la intuición del lingüista y analizan por qué estas intuiciones han podido ofrecer conclusiones acertadas o erróneas. Otros artículos aportan reflexiones metateóricas acerca de la cuestión. Sin embargo, el hilo conductor lleva al lector a darse cuenta de que la intuición es un elemento importante en el quehacer filológico y lingüístico, por lo que siempre debe acompañar a la labor científica y objetiva de análisis de los datos lingüísticos.

¿Es la empatía una herramienta útil para la filología, la lingüística y las llamadas ciencias del lenguaje? El primer artículo, “Lingüística empática” de Johannes Kabatek, muestra una profunda reflexión en torno a esta pregunta, ya que son múltiples los puntos de vista desde los cuales puede ser abordada. Actualmente podemos observar una corriente, especialmente desde las disciplinas sincrónicas de la lingüística, que intenta equiparar la ciencia lingüística a las ciencias naturales y experimentales, sustituyendo el método filológico observacional basado en la intuición por un método más matemático, exacto y objetivo. Así, los lingüistas actuales pretenderían eliminar la subjetividad inherente de los estudios cuyo objeto es la lengua. Sin embargo, Kabatek nos muestra un buen número de ejemplos que muestran claramente que este es un propósito vacío, ya que el lenguaje, la lengua o el discurso no son objetos ajenos al ser humano como lo podría ser la física o la química: el lingüista difícilmente puede hacer abstracción del objeto y estar alejado completamente de él, ya que es intrínseco a lo humano. De hecho, nos muestra que aquellos lingüistas que estudian lenguas de las que no tienen conocimiento como hablantes de las mismas, ya sea por capacidad nativa o por capacidad adquirida, suelen fracasar en sus intuiciones o dar conclusiones erróneas. En definitiva, en la lingüística es necesaria la empatía, o lo que otros lingüistas llaman la *intuición* de nativo. Es esta intuición la que lleva al investigador a percibir aquellos fenómenos que necesitan ser explicados científicamente.

Por otra parte, recalca el autor que un investigador siempre debe contrastar aquello que llega a conocer a través de su empatía mediante la experimentación lingüística, la cual sí debe ser objetiva. Los avances cien-

tíficos y tecnológicos no deben suponer, en opinión de Kabatek, el abandono de la empatía como método de observación de los fenómenos lingüísticos, especialmente en el campo de la lingüística histórica. Si bien estas herramientas, de las cuales el autor destaca en el campo de la lingüística diacrónica los *corpora* y el tratamiento OCR de reconocimiento de texto, proporcionan gran ayuda para el recuento estadístico de casos o la extracción de datos sobre fenómenos, no deben reemplazar al *duro* trabajo del lingüista: revisar manuscritos e impresos antiguos con el fin de avanzar en la investigación de fenómenos de nuestro pasado lingüístico.

La tendencia en auge en las ciencias sociales y humanas es la de utilizar metáforas extraídas de ciencias naturales o experimentales que impulsen la categorización como “científicas” de estas disciplinas. López Serena aborda en su artículo “Selección natural, explicación racional y cambio lingüístico: hacia una fundamentación epistemológica no evolucionista de la teoría de la gramaticalización” esta cuestión centrándose en la influencia de la biología evolutiva en la lingüística y, especialmente, en la lingüística diacrónica del español. La premisa sobre la que construye su crítica a esta tendencia es aquella que defiende que las ciencias naturales y las ciencias humanas no deben basarse en la misma filosofía de la ciencia para construir su metodología científica. En otras palabras, la autora rechaza el monismo metodológico que pretende aunar todas las ciencias bajo el mismo patrón y la misma metodología.

A lo largo de la exposición muestra que las diferencias entre ambos tipos de ciencias son suficientes para justificar distintos métodos: por una parte, las ciencias naturales tienen un objeto *físico* mientras que el objeto de las ciencias sociales es *social*, no *físico* ni *espacio-temporal* ni *psicológico*; por otra parte, las ciencias naturales procuran construir leyes científicas refutables o falsables que no admiten excepción y que se rigen por el principio de la causalidad, mientras que las humanas llegan a determinar normas que pueden no cumplirse en la totalidad de los casos de estudio y que se construyen en torno a la finalidad. A ello se le añade la imposibilidad de estudiar estos objetos sociales como hechos ajenos al ser humano, de la manera en que se estudian los objetos físicos en las ciencias naturales. Por tanto, propone como método adecuado para estas ciencias el de la observación y explicación finalista, que atiende a la racionalidad y a la comprensión de los hechos acaecidos, y no a la construcción de leyes sólidas que no permitirían, por las restricciones impuestas por el objeto de las ciencias sociales, predecir el comportamiento de estos objetos.

A propósito del objeto lingüístico, López Serena analiza la adopción de metáforas biológicas en la teoría de la gramaticalización, las cuales no son muy aceptadas entre los historiadores de la lengua española pero han sido propuestas en la pasada década por Croft y otros lingüistas afines a él, centrándose especialmente en el concepto de *replicación*, y demuestra por qué

no es un concepto adecuado para referir a la innovación y a la difusión en el cambio lingüístico. La autora muestra los puntos fuertes del programa de Croft en cuanto a sus propuestas en la teoría de la gramaticalización, pero defiende la diferenciación metodológica entre los dos tipos de ciencias criticando el uso de las mencionadas metáforas biologicistas y, sobre todo, argumenta que una ciencia social o humana no tiene por qué doblegarse o subyugarse al método de las ciencias naturales para tener apariencia de disciplina “científica”.

Ya los lingüistas y tipólogos de las lenguas del siglo XIX recurrían a la dicotomía conservador/innovador para clasificar las lenguas del mundo. Actualmente, con el desarrollo de la teoría de la gramaticalización parece que dicha distinción dejó de tener importancia como argumento o resultado de investigaciones lingüísticas. En su artículo “Sobre la distinción innovador/conservador y los modelos secuenciales en la lingüística histórica”, López Izquierdo nos muestra dos hechos: cómo esta dicotomía está todavía activa para muchos tipólogos y romanistas y cómo se ha relacionado la distinción clásica conservador/innovador con procesos y caminos de gramaticalización. Centra su estudio en las lenguas románicas, y analiza con más profundidad el francés y sus variedades diafásicas y el español y sus variedades diatópicas. Por tanto, podemos distinguir dos grandes partes en su artículo: la primera dedicada a realizar un estado de la cuestión sobre el uso de la distinción innovador/conservador, y la segunda a la demostración mediante el caso del pasado simple y el pasado compuesto en francés y en español de por qué dicha dicotomía es, efectivamente, contradicha por datos empíricos y, por tanto, no debería tener cabida en los estudios apoyados en la teoría de la gramaticalización. Esta teoría es mucho más explicativa de los hechos que la mencionada distinción debido a que se ajusta bastante más a la realidad lingüística y permite hablar de avance de una innovación, de retroceso de la misma y de caminos de gramaticalización no coincidentes entre lenguas distintas, mientras que la dicotomía conservador/innovador no permite postular que una lengua es más conservadora que otra en un rasgo sí y en otro no, ya que es utilizada por los lingüistas para aseverar generalizaciones demasiado holísticas. Las evidencias llevan a López a rechazar el uso de la dicotomía innovador/conservador en el campo de la romanística, ya que no se adecua a los hechos, así como a rechazarla también en el seno de la teoría de la gramaticalización, la cual no precisa de esta distinción para explicar la evolución diacrónica de una lengua.

En muchas ocasiones, los gramatistas del español, dejados llevar por su intuición como nativos, o por la intuición de otros hablantes nativos, realizan juicios de valor acerca de la gramaticalidad de ciertos enunciados que no se corresponden con la realidad lingüística. Pons, en su artículo “*¿Hay la intuición?* La historia de la lengua española y el efecto de defini-

tud”, toma como ejemplo el llamado *efecto de definitud* postulado para los sintagmas objeto argumentos del verbo *haber* con significado existencial para demostrar que, en ciertas ocasiones, estas intuiciones de hablante nativo no coinciden con lo que nos muestran los análisis de corpus de la historia del español. Tras realizar una búsqueda exhaustiva a través del corpus *CORDE*, analiza los ejemplos obtenidos comparándolos con lo postulado en la *NGRAE* acerca de las excepciones al efecto de definitud del verbo *haber*. Así, la búsqueda arroja un resultado llamativo: aquellos casos excepcionales que, en consideración de los gramatistas de la *NGRAE*, son más comunes en el español sincrónico o son más fácilmente aceptables para la intuición de un hablante nativo, a saber, las expresiones cuantificativas, son las menos frecuentes en la lengua de ayer, mientras que los otros casos que la *NGRAE* no denomina con ningún término y que Pons denomina expresiones locativas son los más frecuentes en la historia de nuestra lengua. Además, señala la autora que no parece existir una situación de desequilibrio diatópico o de isoglosa que separe la geografía hispanohablante, sino que este tipo de expresiones se documenta en toda la Península Ibérica, aunque con cierto predominio del área oriental, así como en Hispanoamérica en algunos casos.

De entre los numerosos fenómenos morfosintácticos que no han sido todavía lo suficientemente explicados, Pato selecciona el caso del gerundio preposicional (*en + gerundio*) en su artículo “*En llegando* los datos la intuición se matiza. El gerundio preposicional en la historia de la lengua española” y analiza su evolución a través de ejemplos extraídos de los diferentes corpus diacrónicos del español. En su análisis muestra que esta construcción, actualmente en desuso o frecuencia de uso decreciente, ha perdido entidad en gran medida por su valor semántico, ya que puede tener significado temporal de anterioridad inmediata, simultaneidad y posterioridad inmediata según el contexto, y según el aspecto léxico del verbo en gerundio. Esto hace que, ya desde los siglos en los que esta construcción estaba en expansión, siglos XVI y XVII, estuviera en competencia con otras estructuras temporales de significado similar. El autor muestra a través de su estudio de corpus la competencia que ha mantenido la construcción *en + gerundio* con otras expresiones temporales (*luego que, en cuanto, una vez que, en seguida que, a la vez que*) y construcciones sintácticas (*después (de) + infinitivo, al + infinitivo, nada más + infinitivo, cuando + verbo*). La mayoría de estas construcciones, concretamente *en cuanto, una vez que, en seguida que, a la vez que* y *al + infinitivo*, tuvieron su época de mayor expansión a partir del siglo XIX, precisamente cuando el gerundio preposicional perdió frecuencia de uso. También hay que tener en cuenta en esta evolución que la expresión *cundo + verbo*, si bien presenta una alta frecuencia de uso desde época medieval, es la que aporta un mayor número de coincidencias, por lo que ha sido la expresión temporal que, probable-

mente, haya estado en continua competencia con todas las demás, incluyendo el gerundio preposicional. Estos resultados amplían en mucho los datos conocidos hasta el momento, los cuales centraban la competencia del gerundio preposicional con el gerundio sin preposición.

En lingüística diacrónica el investigador está habituado a detectar aquellos elementos de la lengua de ayer que han cambiado en la lengua de hoy. En su trabajo “La gramática oculta de la polaridad positiva en español antiguo”, Rodríguez Molina muestra cómo nuestra intuición de hablantes nativos puede suponernos una traba para detectar estos fenómenos: cuando un hecho lingüístico es similar en los estados de lengua que conocemos, suelen omitirse en los estudios de gramática histórica por pasar desapercibidos. Este es el caso de la polaridad positiva en la historia del español. Tras la introducción formal del análisis morfosintáctico del adverbio de afirmación *sí* y la polaridad positiva en español sincrónico, el autor demuestra que el adverbio afirmativo *sí*, descendiente del adverbio latino *sic* > *así*, no llega a ser adverbio de polaridad positiva hasta el siglo XVI, por lo que durante la Edad Media se comportó como un adverbio inserto en el sintagma verbal. Basándose en los estudios previos de Ana María Martins (2006, 2013), María Lluïsa Hernanz (2006) y Montserrat Batllori con María Lluïsa Hernanz (2008, 2009, 2013), demuestra que el comportamiento del verbo en español antiguo es distinto al del español moderno, ya que en el primer estadio del español este podía, por *movimiento*, ascender a la posición de núcleo del sintagma polaridad, provocando el fenómeno de la enclisis. En español actual, esto no es posible, por lo que encontramos que, en lugar de enclíticos, los pronombres son proclíticos. De esta manera, en español antiguo la polaridad era *fuerte*, por lo que legítimas categorías vacías y el núcleo de su sintagma debía ser visible en la Forma Fonética, esto es, el verbo se pronunciaba y por ello encontramos respuestas a interrogaciones en las que solo aparece el verbo con elisión del sintagma verbal donde hoy encontraríamos un adverbio de polaridad positiva. Rodríguez Molina defiende que este adverbio, durante la Edad Media, muestra un comportamiento propio de los adverbios de manera. Actualmente, al ser un adverbio de polaridad su comportamiento ha cambiado. Desde el siglo XVI y en todos a partir del XVIII y XIX el adverbio *sí* es una partícula de polaridad enfática, ya que se genera léxicamente en el especificador del sintagma polaridad, lo que hace que se comporte de manera diferente con los clíticos, sea independiente del verbo (el cual no sube por movimiento al núcleo del sintagma polaridad) y podamos encontrarlo en estructuras de proforma oracional, *sí que* y sustantivado.

En el ámbito de la teoría de la gramaticalización suele ser habitual presentar procesos diacrónicos que siguen un patrón evolutivo creciente, es decir, que desde su momento de innovación y el comienzo de la expansión

el fenómeno crece proporcionalmente. Sin embargo, a través de la historia de la construcción *artículo masculino singular + que completivo* (abreviado, AC) Octavio de Toledo y Huerta nos muestra un ejemplo en el que no se da este tipo de expansión en su trabajo “Espejismo de la frecuencia creciente: gramaticalización y difusión del artículo ante oraciones sustantivas”. Así, el autor llama *espejismo de la frecuencia creciente* a aquellos fenómenos, como el que le ocupa, que en estudios previos han sido propuestos como fenómenos en expansión de frecuencia creciente que, tras el cotejo de los datos que actualmente pueden recuperarse de los *corpora*, se muestran con oscilaciones en su expansión, llegando a decrecer y, en algunos casos, a sufrir retracción en la cadena de gramaticalización. El autor analiza la dirección del proceso de gramaticalización en relación con otros fenómenos sintácticos. Así, nos muestra que el auge de *el + que* en los siglos XVI y XVII ha sido posible por el incremento de uso, también en la misma época, de la construcción de *infinitivo determinado con argumentos verbales* (tipo *el preparar las maletas para un viaje*). De esta manera, el autor propone una secuencia en la gramaticalización común a la mayoría de lenguas europeas: 0. Infinitivo + argumentos; 1. Determinante + infinitivo; 2. Determinante + infinitivo complementado por un sintagma preposicional rígido (que funciona como argumento de la forma finita); 3. Determinante + infinitivo + argumentos; 4. Artículo masculino singular + oración sustantiva con verbo finito. Las lenguas que cuentan con una estructura posterior presentan, necesariamente, las anteriores en algún estadio de su historia, como es el caso del español.

Otros fenómenos que Octavio de Toledo correlaciona con AC es el del uso del artículo ante oraciones interrogativas indirectas. Destacan, entre estas construcciones, *el cómo* y *el por qué*. En este caso, los ejemplos muestran un aumento en la frecuencia de uso de estas construcciones en el intervalo histórico justamente anterior (siglo XVI) al crecimiento exponencial en la frecuencia de uso de AC (mediados del siglo XVII). Por ello, propone que la gramaticalización previa de estas construcciones pudo facilitar la gramaticalización de la construcción estudiada. Parece que la evolución actual de la construcción tiende a la especialización de la misma en entornos de anteposición al verbo, de manera que el artículo se reanaliza morfológicamente como una marca de determinación del hecho expresado por la completiva, marcándolo como definido y determinado. Así, las completivas antepuestas precedidas por artículo se asemejan a los tópicos, ya que expresan información ya activa, conocida, y específica o definida.

A simple vista, el actual marcador discursivo *no obstante* puede parecer, a la intuición del lingüista, un latinismo sintáctico proveniente de un participio presente (del verbo *obstar*) introducido como préstamo del latín en una época posterior a la de orígenes del español, concretamente en el siglo XV como muestran los datos. Sin embargo, y en contra de lo que

expone ella misma en otros trabajos anteriores, Mar Garachana defiende en su artículo “Gramática e historia textual en la evolución de los marcadores discursivos. El caso de *no obstante*” que *no obstante* se introdujo en el español, probablemente, a través del catalán o el aragonés. Desde los primeros usos documentados, en los que funcionaba como construcción absoluta, *no obstante* + SN ha perdido la variación morfológica de número y se ha fosilizado como expresión negativa de concesión, ya que inicialmente significó ‘a pesar de los obstáculos que presenta(n) SN’, de manera que se encuentran ejemplos en los que *obstante* aparece en una expresión afirmativa. Esta pérdida de morfología y significado supuso un avance en la cadena de gramaticalización: se pasó de una unidad con contenido léxico, una construcción absoluta, a una gramatical, una preposición en unos contextos y una conjunción en otros, concretamente cuando se acompaña de una conjunción *que*, formándose la locución conjuntiva *no obstante que*, similar en su proceso de creación a *aunque* o *porque*. De ahí, debido al abandono de la conjunción y a la ampliación del alcance sintáctico (de introductor de un sintagma nominal a introductor de una oración), se pasa a un segundo estadio en la cadena de gramaticalización en el que *no obstante* es marcador discursivo, habiéndose producido así el reanálisis de la partícula. Sin embargo, se siguen dando ejemplos de su uso como preposición o locución prepositiva, por lo que sincrónicamente se debe describir como marcador discursivo y como elemento de naturaleza prepositiva.

Uno de los campos de estudio más amplios dentro de la lingüística diacrónica es el periodo histórico comprendido entre 1900 y 1999, o sea, el siglo xx. Partiendo de una intuición lingüística de Emilio Lorenzo emitida en el *ABC* en 1997, Pons Bordería rastrea su veracidad en los corpus históricos y sincrónicos del español reflejándolo en el artículo que cierra el monográfico, “El siglo xx como diacronía: intuición y comprobación en el caso de *o sea*”. La mayoría de los resultados son negativos. La innovación y expansión de la *polisemantización* de este marcador discursivo, con los significados llamados enfáticos, es decir, modal de atenuación, modal de refuerzo y formulativo, especialmente en posición inicial de discurso y en posición final seguido de puntos suspensivos, que Lorenzo dice haber vivido desde los años cuarenta del siglo pasado no han dejado rastro en nuestros corpus. Pons prefiere la hipótesis de que esto no se ve reflejado debido a la ausencia de material oral del momento histórico en que se atestigua, ya que los primeros ejemplos que encuentra de *o sea* con estos valores modales son de textos literarios. Tras su estudio, el autor defiende que el método histórico-comparativo y el método establecido por la teoría de la gramaticalización son válidos para este periodo, siempre teniendo en cuenta los factores socioculturales, también llamados *historia externa*, y la tipología de los datos que podemos encontrar de esta época a la hora de

realizar estudios diacrónicos. Todos los corpus que abarcan hasta el siglo xx muestran un crecimiento exponencial de los datos en dicho siglo. Por tanto, propone Pons recurrir a las metodologías cuantitativas y cualitativas propias de las ciencias sociales para el manejo de ingentes cantidades de datos, bien haciendo estudios con muestras poblacionales muy amplias (*big data*) que sean representativas del total, o bien seleccionando pequeñas muestras selectas, como hacen los estudios de pequeñas diacronías, llamadas *microdiacronías* (periodos de 5, 10, 15, 25 o 50 años), a partir de las cuales se pueden extrapolar generalizaciones.

En definitiva, todos los artículos que componen este monográfico comparten en cierta medida una estructura común, como hemos podido observar. En todos se parte de una intuición formulada con anterioridad para mostrar el acierto del investigador original y, en consecuencia, la utilidad de la intuición como herramienta previa al estudio científico, o bien para mostrar que las apariencias pueden darnos intuiciones erróneas, y que ello hace necesario seguir la metodología científica para avanzar en el conocimiento de la historia del español. Por todo ello, el objetivo último de este volumen ha sido abrir un nuevo campo de estudio a futuros investigadores en el ámbito de los estudios diacrónicos de la lengua española.

MARÍA HEREDIA MANTIS
Universidad de Huelva

SANTIAGO DEL REY QUESADA (2015): *Diálogo y traducción: Los Coloquios erasmianos en la Castilla del siglo XVI*, Tübinga: Narr Verlag, 510 pp.

El trabajo de Santiago del Rey no solo constituye un profundo estudio en sí mismo, sino que además resulta representativo del estado de los estudios de historia de la lengua española, más de sintaxis histórica, a comienzos del siglo XXI: en lugar de las monografías al uso del siglo xx que se fijaban en una estructura gramatical y la seguían en una época o a lo largo de una diacronía más o menos extensa o exhaustiva, en el caso que nos encontramos se analiza minuciosamente desde una perspectiva textual o discursiva –que incluye la sintáctica y la pragmática– un corpus limitado: las traducciones al castellano de los *Coloquios* en latín de Erasmo de Rotterdam en el siglo XVI. La vertebración de lo previo y lo nuevo se manifiesta en la amplia base teórica y bibliográfica, de lo que es prueba la longitud de las “Referencias bibliográficas” (19 páginas), junto a la originalidad de enlazar la historia de la traducción y la historia de la lengua española, y al hecho de que el autor no tema en expresarse en primera perso-